



OLEO DE BOUGUEREAU.

OTELLO ANTE DIOS.

Yo no sé como fué! La noche estaba
silenciosa y sombría;
Arturo, rojo, en el zenit brillaba;
por la ventana abierta penetraba
inmensa paz. Desdémona dormía.

Llegué como ladrón hasta su lecho,
ahogando, al marchar entre la sombra,
mis violentos latidos en el pecho
y mis trémulos pasos en la alfombra.

Sentía estrecho nudo en la garganta,
como si la oprimiera una serpiente;
fulguraba una lámpara muriente
de la madona ante la imagen santa.

Dióme enojo la luz: cómo en mi mente
 anhelaba hallar sombra por doquiera.
 Del foco aquel á los fulgores rojos
 se estremeció mi mano justiciera
 y sentí ansias de caer de hinojos.

Mas velaba el puñal en mi cintura.
 Saltó impaciente y dijome:—Es la hora,
 pronto se va á acabar la noche oscura;
 despacha: tengo miedo de la aurora.—

Yo contemplaba en tanto aquel tesoro
 de hermosura: magníficos y bellos
 caían destrenzados sus cabellos
 cual cascada de oro.

Blanca estaba, muy blanca, sonreía,
 y á mí me pareció que entre sus labios
 los adúlteros besos palpitaban,
 y rugieron cual tigres los agravios
 que en mi pecho doliente se abrigaban.

Así el puñal. . . . pero la mano inerme
 dejé caer sin fuerzas.—Hierro infame,
 le dije, ¿cómo quieres que derrame
 su sangre y que la manche? Calla y duerme.—

De súbito ella despertó; su acento,
 arrullo de mis plácidos amores,
 avivar sólo pudo mi tormento,
 atizar sólo pudo mis rencores.

Habló. ¿Qué dijo? No lo sé. Lloraba,
 y llorando imploraba mi clemencia. . . .
 ¡Locura era pedirme la existencia,
 á mí, que de dolor muriendo estaba!

Ansié mirarla pálida é inerte,
 ansié apagar su profanada vida,
 para que fuera al cabo redimida
 en el sueño infinito de la muerte.

Si del amor, pensé, las sensaciones
 en otros brazos ¡ay! la conmovieron,
 sean también las últimas, cual fueron
 para mí, sus primeras convulsiones.

Y así como la luz de la esperanza,
 se apagó en mí de la razón la tea,
 y surgió de las sombras una idea
 sangrienta y pavorosa: la venganza.

Nada escuché; sentime tigre hambiento;
 mis manos se crisparon;
 en redor de su cuello se anudaron,
 haciéndolo crujir, y poco á poco
 se fué apagando su postrer lamento. . . .
 Yo estaba ciego. . . . loco. . . .

Después ¿á qué seguir? Del sueño impío
 me despierto, Señor, en tu presencia;
 que si el faro arrojé de la existencia
 fué por venir á tí. ¡Perdón, Dios mío!

Culpable, pero más infortunado;
verdugo, pero víctima primero,
más merece, Dios santo y justiciero,
piedad que no castigo mi pecado.
Yo la amaba, Señor, y de improviso,
pensando en su traición y en su falsía,
del amor arrojado me sentía
como Luzbel lo fué del Paraíso.

Mas tú, Señor, que á la región obscura
al arcángel rebelde despeñaste,
en tu justo rigor no imaginaste
tortura comparable á mi tortura.

De la artera calumnia entre las redes,
¿por qué preso mi espíritu dejaste?
tú solo la verdad conocer puedes,
Señor... y tú callaste!

Mucho amé, mucho amé: mi crimen mismo
la inmensidad de mi pasión pregona.
¿Y cómo has de arojarme tú al abismo,
si Desdémona misma me perdona?

Al lado tuyo, en tu mansión serena
encuentre al fin reposo el alma mía.
¿Acaso porque mucho amado había,
Señor, no perdonaste á Magdalena?

MANUEL PUGA Y ACAL.

DIVAGACIONES.

LAS ALDEAS.

A CARLOS VEGA BELGRANO.

Marchábamos por el largo camino solitario, en medio de la noche azul, diciendo versos alegres. Yo la dí un beso en los labios y ella se enfadó. Luego hablamos.

—Un audaz ladrón te invoca, para perdonar su exceso.

—¿Qué ha robado?

—Sólo un beso.

—¿Y en qué flores?

—En tu boca.

—Ese crimen da sonrojos....

—¿No hay perdón?

—Eso recelo....

—¿Dónde?

—En el cielo....

Y la dí un beso en los ojos.

La luna, esa molendera del tiempo, con su enorme cara enfarinada, se balanceaba al fin del camino, sobre la ruta, tocando casi la tierra, bajo el follaje de los árboles. Sonreía, y con la lengua del viento, nos recitaba este discurso (que era un poema de cosas incomprensibles):

—I. Musa y poeta, idea y palabra, llama y luz, jó-

venes locos! Tú, niña hermosa, eres un sueño: no has existido nunca. Tú, caballero andante, eres un soñador: no triunfarás.

—II. Revivís viejos amores en amores nuevos, prolongáis un beso al través de la tumba.... ¿quién os empuja á haceros daño, si no os queréis mal?

—III. Tú, niña, descíñe tus largos cabellos negros para entretejerlos de flores, pero guárdate de poner rojos claveles; porque la muerta, la que tanto amó los claveles rojos, está en acecho. Te perdonará que le robes los besos, pero no el alma de su amado.

—IV. Tú, poeta tornadizo, viajero errante, no evites los cementerios; porque á medida que avances, se extenderán para cerrarte el paso. El recuerdo no se deja de lado dando un rodeo. Esa tumba y esa cruz marchan delante de ti. Y recuerda que lo que está más lejos, es lo que está más cerca de nosotros....

—V. Niña y poeta, no escribáis poemas con los labios; porque en una tumba hay quijadas que rechinan, recordando los versos que escribieron. Los labios sólo hacen poesía cuando son vírgenes. ¿Por-

qué borrar las lindas estrofas pasadas, para escribir malos dísticos?

—VI. Musa y poeta, idea y palabra, llama y luz, jóvenes locos!

Esto nos excitó.

Y seguimos marchando por el camino, con los ojos fijos en la luna, que parecía una enorme moneda de plata, colocada de canto sobre la tierra. Queríamos acercarnos á ella para humillarla.

—Oye!—le diríamos, empujándola con el codo—¿por qué mientes, vieja molendera?

* * *

A lo lejos, tras una espesa columna de árboles frondosos, se ven brillar dos luces que se destacan sobre el horizonte oscuro. Es una aldea, uno de tantos caseríos acurrucados en torno de una iglesia y aislados en medio de la llanura.

La posada del lugar está escondida tras un viejo castillo, cuyas torres semiderruidas semejan gigantes maltrechos después de una batalla con la muerte. Nos alojan.

Es una habitación angosta que mira al jardín. Un perro ladra á lo lejos. Se oye la disputa de dos beodos que juegan al billar en el piso bajo, y las voces del hostelero que intenta imponer silencio. La luz de la bujía tiembla sobre el velador. Hace frío. Mis viejos libros de estudio están sobre una mesa, junto á la ventana. ¿Para qué abrirlos, si nunca alcanzarán á decirme lo quiero saber? Prefiero pensar. ¿En qué? En el otoño, en las hojas que caen, en las aves que emigran, en los sepulcros que se abren, en las lágrimas eternas.

Junto á mi cama hay un reloj, un reloj enorme, que se lamenta, fatigado, como un obrero invisible que trabajara en la sombra.

Dan las doce. Reina el silencio. Ya no se oye el ruido del billar, ni la disputa de los beodos.

No puedo dormir. Fugitivos y desordenados, como un ejército en derrota, pasan ante mí los recuerdos—¡malos recuerdos!—diciendo sarcasmos bajo el crepón de sus lutos. Es un desfile interminable. Se empujan los unos á los otros y se desgarran. Todos van vestidos de negro y todos ríen, con risas siniestras de sepultureros borrachos. Algunos se detienen ante mí y me saludan con una mueca. Luego, los que vienen detrás les obligan á seguir. Y vuelven á pasar y á pasar los extraños enlutados, como los rayos de una rueda que gira siempre.

El reloj continúa agotando tranquilamente los horas con la lentitud de un viejo bebedor de cerveza.

Son las tres. El cortejo sigue pasando, con impetu, en rachas, en racimos, en pelotones, compacto, brutal, en un vértigo de ideas y una avalancha irresistible. Todos siguen, silenciosos, mudos, hablando con el gesto, riendo con la mueca, retorciéndose de regocijo y abriendo la boca enorme, en una carcajada que no suena.

Cuando les interrogo me hacen signos de inteligencia. ¿Que á dónde van? Yo debo saberlo. Y me invitan á seguirles, á unirme á la caravana, á rodar con su caída. Son brujas del Sabbat, gnomos desconocidos, sátiros fúnebres, que meditan una fiesta macabra, arrebujaos en la noche, entre las

cruces de un cementerio. Van buscando el sitio sombrío, el palacio de tinieblas, para celebrar su congreso horrendo y reír de la muerte,—ellos, la muerte misma!

Y pasan, pasan, espantosos, dantescos, con rumbo al país de las tumbas.

El reloj, implacable, continúa emborrachándose de horas, terco, incommovible,—¡es el beodo de los tiempos!—y la noche, interminable y honda, asiste al desfile de las brujas, canturreando sus silencios.

.Luego viene el día, huyen los fantasmas ante el brillo del sol, y agotado, vencido, me pongo de codos sobre la ventana que mira al jardín, como un espectro que sueña en su vida ausente. Y el eco de la campana, que grita desde la torre, no alcanza á arrancar al alma la inquietud de su eterno insomnio.

* * *

¡Los cementerios! Quién pudiera salvar el obstáculo de la tumba para profundizar en la muerte! Si todo el valor, si todo el desinterés, si toda una vida sacrificada, si todo un manojito de esperanzas rotas, bastaran para forzar la puerta del Misterio, ¡cuántos dominadores de mañana renunciarían á su pedestal para franquear el límite!

Aquel día, mientras me paseaba por los alrededores de la aldea, sorprendí un cuadro:

Cielo sin nubes. Árboles de otoño. Sol rojo. Pájaros que huyen presintiendo el rigor de las lluvias. Viento que encorva las ramas y hace remolinos con las hojas secas. La campana del cementerio modula sonidos extraños; el sepulturero aguarda á la puerta, sacudiendo un manojito de llaves enmohecidas; y por la avenida solitaria avanza un grupo de gente vestida de negro, llevando un pequeño cajón cubierto de rosas frescas. Detrás, entre dos hombres jóvenes, va un anciano desfalleciente. Ha abandonado el lecho y esfuerza sus últimas palpitaciones de agonizante para seguir el convoy y acompañar el cadáver del niño muerto. Lleva en las manos una corona de jazmines. Se lee en letras grandes, muy grandes: A MI HIJO. Y las hojas de los árboles, siguen cayendo, como nieve amarilla, sobre las cabezas descubiertas.

Esos paisajes tristes donde la naturaleza languidece, viendo morir su juventud; ese pesado ensimismamiento de las cosas, sobrecogidas ante el frío y angustiadas por la amenaza del invierno; ese mundo de desventuras evocadas, espeso y gris, como una ola de bruma, sacude todos los sepulcros interiores, resucita todos los recuerdos muertos, y en el doloroso resurgir de las antiguas lágrimas, hace palpitar un grito ronco de rebelión contra la bestia negra de la vida.

Y se acude al verso, al arma de los desesperados, al ariete de los vencidos, para sofocar la duda fría, el grito sacrilego, el alarido salvaje.

El poeta se sienta sobre una piedra y escribe. . . ¿Qué? Rachas entrecortadas, ecos perdidos, que no alcanzan la fuerza de lo que imagina y no realizan el vigor de lo que sueña:

«Recuerdo que una vez bajo el furtivo
Reflejo blanco de la luna llena,

Busqué una tumba y me senté en la arena
Do está el amor de mi niñez cautivo.»

¿Y luego? Luego se hunden los ojos en el horizonte ó se vuelven hacia adentro, abstraídos en la contemplación de sí mismos. El arma no responde al vigor del brazo que la empuña. El verso, lejos de ser una ala, es una cadena.

«¿Quién, en la escena tumultuosa y varia,
fija atención en una tumba fría?...
Muere y se apaga la mejor plegaria,
como los lirios, al morir el día!»

«¡Cuántos amantes corazones! ¡cuántos!,
guardar tu culto sin cesar procuran!...
Pero no existen los eternos llantos:
sólo las piedras del sepulcro duran.»

«En vano un noble sentimiento quiere
guardar la sombra de su propio engaño....»

Lo que nació en Enero, siempre muere
con el postrer crepúsculo del año.»

Y las hojas amarillas caen lentamente sobre los versos, diciendo letanias de olvido....

«Todos íbamos antes, yo me acuerdo,
con flores encarnadas á la cita....
¡Hoy cada flor marchita es un recuerdo;
cada recuerdo es una flor marchita!»

Y....

Y la naturaleza, violada en su mutismo, se estremece;—(una racha de viento arrebató la hoja de papel, la estruja, la castiga y la arrastra en su torbellino; haciéndola lanzar bajo latigazos invisibles;—los enlutados se dispersan al salir del cementerio, y el soñador echa á andar, camino del caserío, lamentando no poder arrancarse un manojo de ideas, para meterlas en el hueco de su pipa.

MANUEL UGARTE.

EL MOLINO DE VIENTO.

(LONGFELLOW).

¡Mirad! soy un gigante.

De esta torre en la altura, donde moro,
Con mis pétreas mandíbulas devoro
Trigo, maíz, centeno; y al instante
Los torno harina, que ávido atesoro.

Miro al campo y presiento,
En cada predio al ver nuevo plantío,
La rica miés del venidero estío;
Y los brazos entonces lanzo al viento,
Pues bien sé yo que el fruto será mío.

Ya en las granjas se escucha
De la trilla el rumor: la espiga cruje
De rados batidores al empuje;
Mi lona, en tanto, con el viento lucha,
Que más y más enfurecido ruge.

A su ímpetu creciente
Firme resisto en mi murado abrigo;
Ni del viento los rumbos investigo,
Giro en torno y contrástole de frente
Bien como el bravo arrostra al enemigo.

Y mientras pugno fuera,
Mi dueño, el molinero, y guarda mío,
Con sus manos me nutre á mi albedrío:
No olvida á aquel por quien su haber prospera,
No olvida al que le aporta señorío.

Aunque á fatigas hecho,
Soy del domingo austero tributario,
Y al escuchar la voz del campanario,
Los brazos doblo en cruz sobre mi pecho,
Y quedo en paz, y mudo, y solitario.

DIEGO FALLÓN.
(Colombiano).

EL JARDIN MUERTO.

(MATINALES).

Son muy raras, pero exquisitas como todo lo raro, las mañanas en que yo vivo. Generalmente, incurable noctámbulo, mis ojos se abren á la luz cuando ya el calor ahoga las estancias y el sol bruñe los pavimentos; sin embargo, tal vez porque las veo muy poco, soy un enamorado de las mañanas.

¡Las amo! las amo con mi pensamiento que, fresco, sin las preocupaciones ni las pesadeces del día, siéntese lleno de ideas sanas y luminosas, claras como el cielo que azulado miro huir sobre mí. En el campo sobre todo, cuando los gallos cantan, y á lo lejos, de la montaña caen como cortinajes trozos de bruma; cuando los árboles acabados de bañar, limpios, como si de nuevo nacieran, tuercen y sacuden sus ramas y como espléndidos señores prestan su perfume, algo de lo que respiran á las brisas que vienen hasta mi ventana. Mis poros se dilatan, mi cuerpo todo siente algo extraordinario, y en esas mañanas, cuando los bueyes pasan perezosos hacia la inmensa hostia dorada que es el sol, siento que en mí se remueve algo de bueno, algo con lo que no estoy familiarizado, y entonces ¡oh! sólo entonces amo la vida.

La amo porque no pienso en nada, porque aparto mi vista de las miserias de todo lo negruzco, de todo lo que humilla y de todo lo que mancha, de las vagas ansiedades y temores que en mí se agitan; olvido la hiel de la que mi pobre alma no es sino bolsa ampliamente repleta para mirar cómo las nubes, inmensos pájaros caprichosos, vuelan, cómo los tonos del azul cambian y cómo la tierra bendice la luz soberana que la refresca, la colora y la alimenta.

¡Ser así como ella! Dormirse con pesado sueño en la noche, brillar con el alba, incendiarse con el medio día. *Rey de los veranos*, escuchar toques de *angelus*, pasos de trabajadores cuando el crepúsculo vacila y así, siempre lo mismo, sin desear otra cosa hasta que los siglos rodando y rodando sobre ella la usen y la desmoronen. Ser así como la tierra!

Lentamente, con pesar casi cubro mi cuerpo con ligeras telas y bajando hasta el río me entrego al incomparable placer de sentir las caricias blandas del agua que chapotea, cosquillea y cubre mi cuerpo. El agua es juguetona, juguetona como muchacho travieso y vivaraz que tiene una madre buena, una madre sonriente que no lo riñe y lo acaricia y lo besa. Salta sobre los pechos, corretea sobre el vientre, suele colarse dentro de los oídos ó bien, huyendo de la mano que golpea, salta fuera, sus pupilas, inmensas gotas, brillan un momento y luego cae con franca risa que canta y se repite al tiempo que se aleja en coquetas ondulaciones. Cuando sus juegos, sus carreras y sus cantos me han cansado, ahí mismo, en la orilla, bajo un sauce que parece paciente pescador, me abrigo. Sigo oyendo las

pláticas y los retozos de los pájaros, sigo mirando los movimientos de la onda ó bien el paisaje reflejado, el tejado de la casucha, los penachos de los árboles y los relámpagos del sol—porque el agua ni aun al sol respeta, é impune quiebra y juguetea con sus rayos.

Es dulce luego, después de caminar sobre la hierba un buen rato, deteniéndose ante alguna flor rara ó en algún rincón de complicadas matas, ir á la sombra, sentarse, apoyar la cabeza contra un tronco y sin idea fija que trabaje, con el pensamiento tranquilo, dejándolo ir á su antojo, festoneando ó esbozando mosaicos, cambiando y saltando como un pájaro, contemplar las lejanías, tratar de distinguir algo en la montaña ó simplemente oír el zumbido de las abejas y seguir en el espacio la curva que sin descanso trazan sus obesos cuerpos dorados.

Después de un rato, un libro bien escogido es buena compañía; ¡ah! ¡pero la selección es tan difícil! No un libro lóbrego ni un libro humano, no un libro que nos pinte la vida y nos diga sabiamente sus desolaciones y sus crueldades, un libro. . . . ¡ay! casi se necesitaría un libro especial, algo sonriente y sano como la mañana, que no melancolizara ni filosofara, ni hiciera tornarse en grave el pensamiento: versos ligeros que fueran al compás de la onda y de la abeja, fábulas bien compuestas de dulces vidas, de amores en los que no hubiera engaños ni despedidas, libro del cual estuviera vedada la tristeza.

Los cuentos brillantes, los azules, los que hablan de hadas y de príncipes son demasiado caprichosos, traen demasiada pedrería y demasiado terciopelo para libremente pasear por los campos. Las historias campestres amorosas, tienen todas algo de doloroso; si leyera *Pablo y Virginia* ó *Hermán y Dorothea* me levantaría, si no preocupado, si al menos con esa vaga melancolía del que siente pasar el desconsuelo humano rozándole. Quisiera algo que hiciera amar la vida, que hiciera sentirla y desearla, algo en su fin *matinal*.

No he encontrado ese libro y al levantarme, al retirarme expulsado por la invasión del sol que reclama la soledad para dar su ardiente beso á la tierra, pienso en que algún día, tal vez, cuando de nuevo nazca esta tierra y un nuevo sol la alumbre, cuando esté en su *mañana*, cuando aún no haya maldad, ni envidia, ni ambición, cuando los hombres sean buenos y las mujeres francas, habrá algún poeta que ignorando el dolor, ajeno á la queja y no teniendo nada amargo que enseñar, escribirá ese libro *maternal* para ser leído en las mañanas, cuando la luz celebre su apogeo y se sienta amor á la vida.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

EL GRIFO.

A JESÚS E. VALENZUELA.

Parpadean las luces de la tarde
de las altas vidrieras en la ojiva;
el último fulgor temblando arde
con una palidez desvanecida,
y sobre el fondo flavo de Occidente
recorta su silueta el campanario
y al acabar el día lentamente
queda el templo en penumbra y solitario.

Las sombras llenan las cerradas naves
y en la torre, saliendo de su nido
metálico y sonoro, en ondas graves,
del *Angelus* que vuela dolorido,
se escapan como aves
con sus alas de bronce y van livianas
cortando el aire con gallardo vuelo,
las notas que naciendo en las campanas
navegan en la sombra y van al cielo.

De la torre por fin en la pirámide
la noche tenebrosa
cuelga un jirón de su enlutada clámide;
la lechuza despierta y, cautelosa,
saliendo de una grieta,
los círculos de fuego de sus ojos
dilata silenciosa;
después avanza quieta,
de un alto Capitel á la cornisa
donde se hacinan huesos y despojos
del nocturno festin que allí celebra;
sonda el abismo, de placer se eriza,
y el curvo vuelo entre los arcos quiebra.

Bajo las altas cúpulas doradas
se espesa más y más la opaca sombra;
los dombos y las claves elevadas,
cuya altitud asombra,
en la tiniebla náufragas se pierden,
y las tintas más negras y sombrías
del arquitecno las labores muerden
y en la esbelta columna las estrias.

Reina adentro el silencio, gime afuera
el viento que penetra en el portillo
de una rota canal, donde acelera
filarmónico grillo
su monótono canto, que no agota
la fatiga ni el tiempo, y resonando
con una misma nota
á lo largo del muro está vibrando.

*

En la nave central, bajo del arco
que su curva levanta por el aire
y encerrado de grecas en un marco
que volutas festonan con donaire,
del alto Capitel en el triglifo,
labró la mano del artista rudo
un gigantesco grifo,



C. CEDOVIVS. MEXICO.

MEXICO
1850

amenazante y fiero como hermoso,
 inmóvil, triste, mudo
 y que hubiera glorioso
 figurado con honra en el escudo
 de un medioeval guerrero victorioso.

*

La noche avanza, y en su palio inmenso
 envueltas van las horas,
 y la lengua de bronce en la campana
 con un sonido intenso
 y en vibraciones claras y sonoras,
 de su voz sepulcral hace derroche
 cuando triste desgrana
 la balada de amor de media noche.

*

Repercute en las bóvedas el eco
 y en una claraboya le hace dúo
 un grito sordo, entrecortado, seco,
 la voz doliente del insomne búho.

Se oye un desgarramiento crepitante
 de la nave en la sombra—negro piélago—
 y la cabeza alzando amenazante,
 del friso se desprende,
 agitando sus alas de murciélago,
 el torvo grifo que el camino emprende
 sobre el tallado cornisón obscuro
 tendido borde del macizo muro.

Y comienza una trágica carrera;
 al saliente de un arco se encamina,
 asalta un capitel y hace escalera
 de las gruesas labores
 de una tosca columna bizantina.

Hunde las curvas uñas en la clave
 de los arcos ornados de ancha yedra
 en que resaltan gigantescas flores,
 se desliza á lo largo de la nave,
 y al mover la granítica membrana
 de sus alas de piedra,
 en la ojival ventana
 se estremecen los vidrios de colores!

Gira pausadamente sobre el ara,
 apagando la lámpara que á trechos
 su luz medrosa en la flamilla alzara,
 revolotea después por los altares,
 sube vertiginoso por los techos,
 escala de los frontis los sillares,
 sacude las cortinas,
 y jadeante su carrera pára
 del órgano callado en las bocinas.

Repite afuera el viento de la noche
 la palabra maléfica de un duende,
 y de improviso en el recinto obscuro
 una danza macabra,
 como á infernal conjuro,
 vertiginosa emprende
 la multitud de seres imposibles
 que cinceló el artista en el granito:
 quimeras, trasgos, sátiros horribles,
 y sobre todos exhalando un grito,
 el grifo volteja.

Después se precipita de la altura
hiriendo el aire que al pasar desgarrar;
y con su corvo pico martillea
la frente de una pálida escultura,
mientras clava en su seno la ancha garra
y de la herida, lóbrega abertura,
en el cráneo de piedra cal gotea!

*

En ese instante, de la esbelta torre
se escapa el toque harmónico del alba;
dudosa luz por el Oriente corre,
huye la honda de la noche endrina,
y se encuadra de nuevo en el triglifo,
en su marco de exóticas labores,
el gigantesco grifo,
mientras viene á la ojiva de colores,
que la mañana pálida ilumina,
á reír y á charlar la golondrina.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

AJENJO.

Al ajenjo pedía Barnier el remedio para olvidar sus penas. Fatalmente se entregaba á ese licor que extrae de esa planta, de la raíz angélica, del *cálamus aromaticus*, de las semillas de *badiana*, un encanto semejante al que Asia y Africa piden al cáñamo; una excitación mágica que mezcla, á la borrachera brutal del Occidente, el transporte ideal de la embriaguez del Oriente. Barnier se aficionó á esa embriaguez casi instantánea, que subía y aflucía de todas las partes de su sér á su cerebro; de esa embriaguez ligera, espiritual, casi alada, que le arrastraba tan dulcemente en brazos de la locura y del ensueño.

Ponía en el fondo del vaso el ajenjo, de donde al punto subía el aroma de las hierbas embriagadoras. De lo alto, y gota á gota, dejaba caer encima el agua, formándose nubecillas del blanco nacarado al ópalo; deteníase, volvía á coger la botella, la inclinaba más, llenaba el vaso y bebía el licor verde como un haschisch líquido. Bebía y le parecía despertar de una pesadilla. Sus pensamientos dolorosos se borraban, se alejaban como si se hubieran evaporado. La muerte se transfiguraba en una pálida imagen. El recuerdo flotaba en él bajo una mortaja color de rosa. Bebía y gozaba de aquella fiebre de sangre, de aquella electricidad en él esparcida y que le recorría con sus vibraciones interiores; de aquella actividad nueva que circulaba á través de sus sentidos morales y de sus facultades intelectuales.

Porque aquella embriaguez no era embriaguez de vino, no era una sensualidad animal, un embrucimiento: era más bien una sensualidad que abandonaba lo exterior de su cuerpo, su superficie, sus órganos exteriores, para introducirse en el fondo,

en esos órganos misteriosos que conducen á la impresión, á la sensación. Su espíritu, su imaginación se volatilizaban, por decirlo así, y lo que llegaba á sus sentidos, llegaba poetizado y traspuesto como en un sueño. En aquel vago despertar de una vida desconocida, su alma reía, sintiendo indecible goce de bienestar, algo de luminoso, como ríe un niño con las flores de su cuna. Su memoria recogía un resto de frase, y con ella se mecía.

Y poco á poco, las formas de sus ideas se hacían más ondulantes, más vagas, más dulces, más lejanas, como números que se cambiaran en armonías. Inclinábase su frente bajo una feliz pereza; Barnier se dormía con los ojos abiertos, con la torpeza de una planta abrasada por el calor, con el contentamiento de alguien aletargado en sus ensueños.

Y á medida que Barnier se embriagaba en aquella vida sobrenatural, á medida que buscaba sus goces, su libertad, su calma en los éxtasis perezosos, caía de más alto y más duramente sobre sí mismo; la vida ordinaria era para él un desencanto insoportable. Las sensaciones comunes se le hacían insípidas. La vulgaridad de la realidad le llenaba de un hastío sin límites. Sufría bajo el cielo pesado y gris de su existencia lo que sufriría un hombre encerrado en una cueva á cuyo dintel viera jugar el sol. Y el recuerdo volvía con su fastidio.

La embriaguez se hizo de esta suerte su verdadera vida, al lado de la cual la otra no era más que un miseria, una servidumbre, una mentira, una mistificación; y llegó hasta pedir al ajenjo las fuerzas para el trabajo. Su inteligencia le pareció agrandarse, mediante aquella excitación. Le pareció que su cerebro, pesado y como entorpecido, se llenaba de una especie de un gas sutil. Su comprensión ad-

quiría vivacidad y lucidez. Lo que había buscado vanamente, lo encontraba desde luego. Le aparecía la solución de las cuestiones; los horizontes se abrían ante sus ideas. Hallaba en su espíritu una claridad de percepción y un alcance de que jamás había tenido conciencia.

Y no era únicamente á su espíritu, era además á su cuerpo al que daba aquella fiebre su fuerza. Su mano, como la de ciertos grabadores, afirmada con la embriaguez, nunca había sido más segura, más delicada, más hábilmente atrevida en la operaciones y curas que se le encomendaban.

* * *

Pero el hábito no tardó en apagar á Barnier aquel feliz goce de la embriaguez. Lo que bebía no le substraía ya con bastante violencia á la pena y al fastidio. Ya no se sentía transportado fuera de sí mismo, á un mundo de sensaciones que renovar su sér. Ya no le subía á la cabeza más que una humareda de calor muy pronto disipada, excitación de un momento que casi le faltaba al punto y le abandonaba, como la ola abandona un cuerpo.

Fué preciso aumentar su ración de veneno. Cada día bebía un poco más; dobló, triplicó la dosis, llevándola hasta esas cantidades en que el ajeno parece debe aniquilar en el acto. . . . Y cada día se hundía más á fondo en aquella beatitud artificial,

donde gustaba la suspensión de todos sus sentidos, el silencio de su corazón. Lo que pedía á aquellos excesos y lo que aquellos excesos le daban, ya no era la sobreexcitación que le encantara al principio; era aquella atonía bienhadada que había sido su fin y como la confusión de sus primeras embriagueces. Y siempre, con mayor dulzura, y más voluptuoso aturdimiento, le volvía aquella blanda torpeza que parecía deslizar una á una sus voluntades; aquel éxtasis mecido por fantasmas de ideas y de imágenes hormigueantes, aquel balanceo, semejante al de una hamaca, que hacía rodar deliciosamente su pensamiento en el vacío.

Bebiendo de ese modo, ya no comía. El hambre no le indicaba la hora de sus comidas. Su estómago parecía rechazar todo lo que no era el líquido que le abrasaba. Sus camaradas le veían en la sala de guardia cortar succulentos trozos de carne, desmenuzarla con el tenedor y dejarla allí. En un principio, quisieron darle broma con esto; pero Barnier había contestado con tal violencia y brutalidad tan viva, que sus compañeros le dejaban hacer y casi no le hablaban. Sin embargo, no adelgazaba, más bien engordaba; pero con esa grasa hinchada que proporcionan frecuentemente los excesos. Malivoire observó que adquiriría la costumbre de tener el pulgar doblado bajo los dedos, y se horrorizó al ver, entre los síntomas de la borrachera, ese signo de la muerte que había observado en tantos moribundos.

E. Y J. DE GONCOURT.



BOCETO.—G. V.

PIEDAD.

(LAHOR).

A veces brota el llanto de mis ojos
cuando mudo te amo y te contemplo;
tiemblo cerca de tí: caigo de hinojos,
cual si me hallara en el umbral de un templo.

Tan serena y tan pura es tu belleza,
¡oh esplendorosa estatua! y es tan fría! . . .
noches hay que á tu lado, en mi cabeza
siento el vértigo atroz de la agonía.

¡Cuánto desdeñarás el loco exceso,
mármol divino que ninguno toca!
el rudo ultraje del profano beso
que perturbe las líneas de tu boca!

E. FERNANDEZ GRANADOS.



SOLDADO DEL SIGLO XVI, DE PORCELLI.

¡BAJO LOS ARBOLES!...

El idilio comenzó como todos los idilios campesinos: á la sombra de los árboles.

Era un día en que la niña cantaba golpeando la ropa en el lavadero, á la sombra del viejo sauz, no lejos de la casa, cuando llegaron saltando y gritando los muchachos de la escuela, en confusa turba-multa. Como una cierva sorprendida se refugió en el ramaje, viendo con ojos asombrados la turbulenta tropa, que de piedra en piedra saltaba el arroyo, buscando hacia arriba un lugar aparente para el baño. Cuando creyó que todos habían pasado, salió de entre el monte. Sobre la piedra más alta, en mitad del río, como un cachorro de león que buscara las huellas de sus compañeros, un muchacho de los más grandes de la escuela trataba de orientarse buscando por dónde habían tomado los otros. Al sentir ruido en la orilla, volvió su cabeza altiva y su mirada atrevida se clavó en la niña. La lavadora, avergonzada, bajó los ojos. Preguntóle el mozo por dónde habían seguido los otros, ella apenas acertó á extender su mano, señalando con el dedo el punto deseado. Un momento la contempló el mancebo; después, dando un salto de gato montés, ganó la ribera opuesta, y mientras su sombra se perdía en los recodos del monte, la niña como alada miraba con sus grandes y tiranos ojos el punto de la visión desvanecida.

Después dobló la cabeza y siguió cantando, tris-

te, muy triste, mientras á lo lejos se escuchaban los gritos de los muchachos, mezclados á los estrépitos del torrente y los vagos ruidos del campo, traídos por la brisa estival que acariciaba los inmensos trigales y jugueteaba en los árboles de la orilla....

* *

Cuando pocos días después, su madre le anunció que iba á llevarla al pueblo donde entraría como sirvienta á casa de las señoras L***, la niña tuvo un estremecimiento de alegría, y sin saber por qué, le pasó por la mente la imagen atrevida del muchacho aquel que había visto allá sobre la piedra del río, entre las reverberaciones del sol, mientras se escuchaba lejos el estrépito del torrente, los vagos ruidos del campo, traídos por la brisa estival que acariciaba los inmensos trigales y murmuraba en los árboles de la orilla.

* *

El idilio comenzado á la orilla del río, continuó á la sombra de los paternos muros. ¿La amaba él? Eso no lo averiguaba ella: le bastaba amarlo. Era su amo, su señor, y ella lo había hecho su ídolo. Amor sencillo y salvaje. Toda su vida concentrada en esa pasión, en esos besos dados á hurtadillas, en

ese amor sin palabras y sin ruido, en esas citas en la huerta, bajo los naranjos florecidos y los malabares entreabiertos.

Verlo desde la mañana hasta la noche, servirlo sumisa y silenciosa, temblar ante aquel adolescente tumultuoso é indómito, sufrir con sus dolores y gozar con sus alegrías, llorar en silencio cuando era castigado, admirar su esbeltez que ella encontraba ideal, y dormirse en la noche húmedos todavía los labios por el último beso dado bajo los ramajes en flor y los malabares entreabiertos: he ahí su vida.

* *

Aquel día en que se nubló su idilio, despertó su alma al dolor.

Cuando el día de la partida, aquella mañana sombría, vió listos los caballos en que debía irse lejos, muy lejos, para una ciudad muy grande, y lo vió húmedo de lágrimas maternas, entre gritos desgarradores, abandonar la casa querida, la pobre niña pegada contra el muro, quieta como una estatua, con los ojos desmesuradamente abiertos lo miró alejarse y lo siguió con la vista, hasta verlo perderse tras la última loma que doraba el sol de una mañana espléndida.

Cuando volvió en sí sólo vió sombras en torno.

Su amor desesperado y salvaje se tornó en melancolía, y vivía escuchando las noticias que de la ciudad lejana llegaban, y escapándose para ir á la loma cercana, tras de la cual lo había visto desaparecer, y allí soñando con su idilio doloroso, mirar y mirar al camino, hasta ver obscurecerse el cielo, enrojecerse el horizonte y aparecer, tras los lejanos cerros, la misteriosa estrella de la tarde.

* *

Volvió él hecho ya un joven de veinte años, y ella que sin apercibirse se había hecho hermosa, como esas flores que se abren al calor de los trópicos, se estremeció ante la mirada llena de deseos que inspiraba su belleza, al ídolo de su alma.

Y continuó el idilio, y se amaron como antes, en las noches plácidas, en el misterio de la huerta, á la sombra de los naranjos en flor y los malabares entreabiertos.

Idilio doloroso para ella.

Besos recogidos en otros labios, noches pasadas en otros brazos, amores de cortesanas, viento de las grandes ciudades habían corrompido el corazón del mancebo, y mientras él era para ella un ídolo, ella no era para él sino un instrumento de placer, un juguete que se arroja al suelo y se pisotea un día de enfado.

Altivo, indiferente, sensual, nuevos placeres lo apartaban de ella diariamente, y la infeliz se consumía en silencio conformándose con una palabra, una mirada ó una orden dada con sequedad. Viéndolo y oyéndolo olvidaba sus dolores.

En las noches en que permanecía en la calle hasta altas horas, ella rezando en su lecho esparaba oírlo entrar, prestando oído atento á los ruidos de fuera y estremecida de zozobra. Cuando ya había entrado, se dormía soñando con besos que ya no

venían á acariciar sus labios y brazos que ya no ceñían su talle.

Otras noches, mientras él dormía, ella, paso, muy paso, se acercaba á la puerta y gozaba oyéndolo respirar: como en éxtasis permanecía allí echada en la puerta con la fidelidad de un perro que guarda el sueño de su señor.

Cuando un día, él llamó y le confió un secreto, solicitando su ayuda, la pobre sugestionada no pudo negarse, y en el heroísmo de su amor lo hizo todo. Ella llevó las cartas á la hermosa niña, ella traía las respuestas, y trémula murmuraba ante uno y otro las palabras de amor, que eran otros tantos puñales que se clavaba en el corazón, y fué ella quien se hurtó la llave de la puerta de campo, para que él pudiera salir á caer en otros brazos.

¡Cuántas noches tiritando de frío, recostada en un banco del jardín, lo esperaba, sollozando de desesperación al considerarlo reclinado en el seno de otra mujer! En espera de una mirada, de una caricia furtiva, allí permanecía, esperándolo para abrirle, y cuando entraba y veía perderse su figura querida tras los árboles, la pobre soñadora se sentaba en el banco, miraba el cielo estrellado y permanecía como en un éxtasis, hasta que una vaga claridad anunciaba el día, el viento de la mañana la envolvía en oleadas de perfumes, arrancados á las azucenas y lirios del jardín, otro tiempo testigos de su amor, y cantaban los pájaros el himno de la mañana en las ramas de mirtos florecidos.

* *

La segunda ausencia le fué imposible soportarla. La soledad del alma la mataba, y un día desapareció de la casa y del pueblo. Iba en busca del bien amado. . . .

En las inmediaciones de la gran ciudad halló tropas, que en una y otra dirección cruzaban el camino, y pasó medrosa entre las chanzonetas de los soldados y las miradas atrevidas de los jefes.

Llegada á la capital, sola y sin conocer á nadie, se acordó de un antiguo notario de su pueblo que vivía allí, y después de mil indagaciones logró hallarlo. Por él supo que el país estaba en guerra y que el joven estudiante se había enrolado, como muchos otros, en un batallón que había salido la víspera para el Tolima.

¿Qué podía detenerla en la ciudad? Nada.

Embargada por su único pensamiento, ensimismada en él, no tenía más que una sola idea, fija, tenaz: llegar á él, verlo, volver á gozar una vez más siquiera de sus besos y sus caricias, y morir después.

Así abstraída y silenciosa, como una visionaria que caminase con la vista fija en un punto luminoso, emprendió de nuevo su camino y llegó extenuada y rendida, al segundo día, al pueblo donde se había detenido el batallón.

Tocaban las cornetas toque de marcha y estaban las tropas formadas en la plaza. El corazón de la joven latió con violencia, no lo había visto, pero lo había presentado.

Apartando los grupos de gente que curioseaban á la tropa, llegó al centro de la plaza. Allí estaba

él, jinete en brioso caballo, hermoso con su blusa militar y su ademán atrevido. La joven, como fascinada, con las manos tendidas cual si caminase en la sombra al encuentro de una visión, llegó hasta el pie del caballo. El jinete volvió á mirar.

—¡Marta! exclamó él.

Un torrente de lágrimas inundó el rostro de la joven.

—¿Qué vienes á hacer?

—Vengo á verlo.

—¿De dónde vienes?

—De nuestro pueblo.

—¿A dónde vas?

—A donde vaya Ud.

Todo estaba dicho.

Desde entonces la joven siguió al batallón, á donde quiera, en pos de las huellas del sér querido, siendo para él amparo y providencia, y se enroló en ese grupo de mujeres abnegadas y valientes que en Colombia sigue á los ejércitos y va con ellos á la campaña y al combate, y son la alegría del soldado, el consuelo del herido y á veces las únicas sepultureras de muertos queridos, los únicos labios que rezan, los únicos ojos que lloran, las únicas almas compasivas que velan á la orilla de tumbas recién abiertas, de aquellas tumbas melancólicas y solas...

En las grandes jornadas por las montañas abruptas, en las travesías por las llanuras áridas, siempre ella estaba allí, lista con el alimento conseguido con inmenso trabajo, y con la bebida fresca, cuidadosamente preparada.

Era feliz...

Cuando la luna caía sobre el campamento retratando las blancas tiendas de campaña que semejabán gigantescos copos de nieve, y en la noche silente sólo se oía el ¡quién vive! de los centinelas, era dichosa sintiéndolo reclinado sobre su corazón, besándolo callada ó conversando del pueblo y de los seres queridos hasta dormirse soñando con aquellas noches perfumadas, aquellas citas primeras en el silencio de la paterna huerta, á la sombra de los naranjos florecidos y de los malabares entreabiertos.

* * *

Tras una noche de escaramuzas y de alarmas amaneció el día de la batalla.

Las tiendas de campaña se recogieron como nubes al soplo del viento, formáronse los batallones y comenzó el combate.

Allá lejos, veíase la proyección de las trincheras enemigas, que bajando del cerro venían á formar un triángulo negro sobre la llanura verde, las tropas empezaban á coronar la altura, en tanto que las otras avanzaban de frente ó se internaban hacia la izquierda, por el bosque obscuro.

Al batallón que seguía Marta le tocó internarse en la arboleda hasta llegar á poca distancia de las trincheras enemigas. Sorprendido en su camino se rompió el fuego por aquel lado y se generalizó el combate.

Una inmensa capa de humo envolvía toda la llanura. El ruido monótono de las ametralladoras, la

fusilería continuada, el estampido del cañón, formaban un solo asordador estallido.

Marta marchaba pie á pie, al lado de su amante.

Como viento de tempestad que talara la selva, caían pedazos de monte á fuerza de cañón, volaban las astillas de los árboles llevados por las balas, caían los soldados en montón, pasaba el General en Jefe como una visión fatídica, con el corneta en ancas de su caballo, tocando *á la carga!*... y ella no contemplaba más que las facciones del sér querido transfigurado por el coraje, como un león á vista del desierto, la mirada centellante, las fauces temblorosas, desenvainada la espada, con el sombrero atravesado por las balas, gritando con voz asordadora: *adelante! adelante!*

A ella le parecía que escuchaba un himno. Nunca lo había visto tan bello. Lo seguía como en un éxtasis. Envuelto en aquel cuadro de llamas le parecía admirable. El combate había desaparecido á los ojos de la joven. No había más que él, como un arcángel indignado entre esa nube de fuego.

Por dos veces fué rechazada la compañía que mandaba él y por dos veces la volvió á mandar sobre el reducto, caminando á su cabeza.

Habían salido del montículo, el enemigo había cesado el fuego, no se veía.

Allá al frente, como á diez metros, se veía algo negro como el vértice de un ángulo. Era una trinchera. Parecía abandonada. La tropa avanzó cautelosamente. Ya están cerca... Ya la asaltan... El capitán, el primero, con la bandera en la mano, dando un grito como de águila salvaje. Una nube de fuego se extendió en el horizonte, como espigas tronchadas por una hoz cayeron al suelo los soldados... La emboscada vencía. Cuando á Marta le pasó el deslumbramiento, miró en torno suyo... Allí, al pie de la trinchera estaba él, el rostro contra el suelo, la espada en una mano y en la otra la bandera desgarrada que lo envolvía en sus pliegues. Los atrincherados no salían... Esperaban los contrarios que debían salir del mismo monte y caer en la misma emboscada. Marta se abalanzó al cuerpo de su amado, como una hembra de jaguar que varía de cueva á sus hijos, lo tomó en sus brazos con fuerza increíble y rugiendo más que gritando se entró con él al monte y descendió hacia el arroyo.

Una vez allí, pálida, temblorosa, con sus propios dientes le desgarró el dormán y la camisa, palpó la herida, se empapó en su sangre, pegó á ella la boca, la lavó y acercó el agua á los labios del herido. Este abrió los ojos, y al verse en brazos de Marta intentó sonreír.

—¿Vencidos? alcanzó á preguntar.

—No, vencedores, dijo ella con orgullo, adormeciéndolo así, con el himno de la esperanza.

Un rayo de felicidad iluminó las facciones del herido, intentó sonreír y cerró los ojos para siempre, sintiendo estremecerse su hijo bajo su cabeza en el vientre de la madre, en los labios el beso desesperado del amor y cerca el ruido embriagador del combate, semeando el fragor de una tempestad en el océano.

Muerte feliz!

**

Al caer de la tarde siguiente, el ejército vencedor abandonaba el campo de batalla.

Se oían á lo lejos los gritos de victoria, los ruidos de los cañones y el tropel de los caballos.

No se veía más humo que el de las hogueras que quemaban los últimos muertos desamparados.

En la árida llanura, poco antes poblada de ruidos, había sido silencio de muerte, y con su alapladosa y fría el olvido y la noche iban cubriendo el desolado campo de batalla.

A la orilla del monte, cerca á una cruz de palo atada con bejucos, postrada de rodillas estaba Marta.

No lloraba, sus ojos desmesuradamente abiertos miraban el cielo, y cual si mirase en el fondo de un abismo permanecía sorda á los ruidos de la naturaleza y de la tarde.

Poco después, como maquinalmente, se puso de pie, dió la espalda á la cruz y comenzó á andar.

Bajo el cielo lívido y sobre la llanura negra avanzaba aquella mujer como un fantasma, como el último resto de un bajel naufrago en el océano, y avanzó y avanzó..... hasta perderse en las lontananzas melancólicas, entre los ruidos dolientes de la noche.

Pocos días después Marta bajaba la pequeña cuesta que conduce á su pueblo natal.

Meditabunda y sola atravesó la plaza y entró á la casa de donde había salido un día en busca de su amado. Nadie le hablaba.

Preguntó por la señora, y al verse en presencia de ella, bajó los ojos avergonzada.

—¿Qué vienes á hacer?

La joven nada respondió, abrió su jubón, sacó de su pecho un escapulario, un medallón y una cartera y lo extendió á la anciana. La pobre madre lo comprendió todo y dió un grito horrible.

Marta la vió impasible, no tenía ya lágrimas que verter.

Pasado el primer acceso de dolor, la señora se puso en pie y ordenó á la muchacha abandonar la casa.

La joven inclinó la cabeza bajo aquella mirada indignada y aquella mano temblorosa que se extendía mostrándole la puerta.

Una vez allí, miró por vez postrera aquella casa querida, pensó en sus amores, en sus citas y la última lágrima cayó de sus ojos.

¡Adios! dijo, y aquel adios vibró en el aire calmado y fué á perderse en la huerta silenciosa, entre las rosales silvestres, bajo los naranjos en flor y los malabares entreabiertos.

**

Tres meses después le habían arrebatado su hijo, y se consumía en la humilde choza donde había muerto su madre, y soñadora enferma, se le veía bajar hacia el arroyo, y golpear un harapo contra el lavadero y cantar triste, muy triste, cual si viese en mitad del río, sobre la piedra más alta, dibujarse la silueta de un adolescente hermoso, mientras allá lejos se oye el ruido de los muchachos mezclado á los estrépitos del torrente y á los ruidos del campo traídos por la brisa estival, que viene acariciando los rubios trigales y murmura en los árboles de la orilla.

J. M. VARGAS VILLA.

